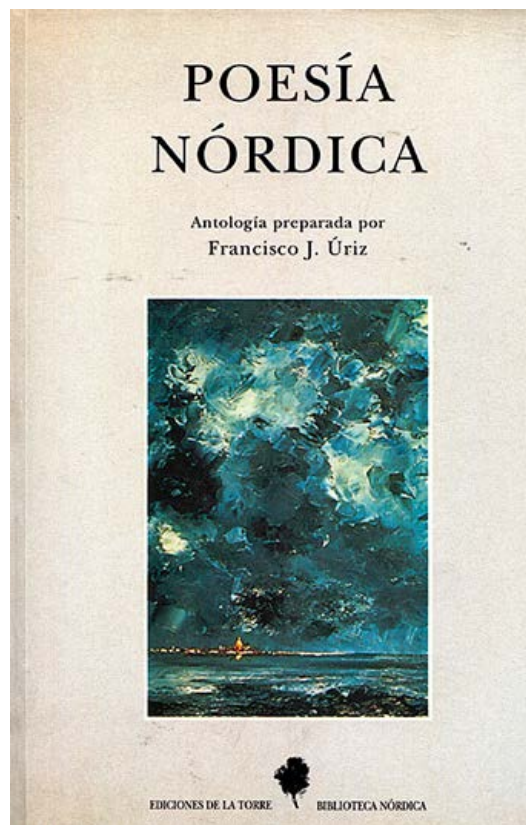


Algo de lo que debemos a Uriz

Juan Marqués

(para Ana y Diego, que me la regalaron)



El 19 de octubre de 2012, durante un almuerzo con Tomas Tranströmer en la Embajada Sueca de Madrid, el ingenioso poeta madrileño Carlos Pardo contó al Premio Nobel cómo durante varios años los poetas de su generación (nacidos a comienzos o mediados de la década de los setenta) creían que Francisco J. Uriz era un poeta verdaderamente genial que, no se sabía si por diversión o por excesiva modestia, atribuía sus excelentes poemas a toda una legión de heterónimos nórdicos que respondían a nombres tan inverosímiles y estupendos como Arno Hellaakoski, Bo Carpelan, Katarina Frostenson o Harald

Sverdrup. Todos esos poetas supuestamente traducidos por Uriz tenían cierto aire de familia, ese “algo” tan característico como escurridizo de la poesía nórdica que hace que resulte a la vez tosca y elegante, dura y cómica, amarga y misteriosamente sabia. Como estos adjetivos podrían ser aplicados sin necesidad de demasiadas cabriolas retóricas a eso que tan imprecisamente se conoce como “humor aragonés” (pensemos, como mejor ejemplo, en Luis Buñuel), empezó a circular entre los enterados el secreto a voces que informaba de que Uriz era mucho más que el intermediario entre aquellos

extrañísimos poetas y los inocentes lectores de hace veinticinco años. Pero entonces, en 1992, apareció el libro de Tranströmer en Hiperión, *Para vivos y muertos*, traducido por un tal Roberto Mascaró, y con él llegó el desconcierto. O bien Uriz había rizado el rizo y se había inventado no sólo a otro poeta sueco de nombre imposible sino a su traductor chileno, o bien iba a suceder, al cabo, algo mucho más impensable y pasmoso que sin embargo quedaba demostrado por el estilo de Tranströmer, semejante al de sus paisanos ya conocidos: es decir, que todos aquellos poetas escandinavos existían de verdad, y que en efecto constituían,

así, una región poética más o menos homogénea, dentro de su diversidad, que de golpe pasaba de ser la magnífica ocurrencia de un escritor zaragozano policéfalo a convertirse en una hornada de poetas extraordinarios, una de las mejores y más innovadoras, refrescantes y sorprendentes de la lírica universal del siglo XX (del mismo modo que las sagas y eddas de aquellas latitudes quedan sin posible discusión como algunos de los testimonios poéticos principales de la Antigüedad). Y entre ellos Tranströmer pasaba a ocupar un lugar de honor, aunque no era precisamente el traducido con más acierto y perspicacia... (algo que felizmente se subsanó en 2012, gracias a la edición en Visor de *Bálticos y otros poemas*).

Pero Uriz ya había traducido algunos poemas de su amigo Tranströmer, y lo hizo en 1995, deshecho ya el equívoco explicado arriba y dentro de una voluminosísima e impagable antología de *Poesía nórdica* (Madrid, Ediciones de la Torre) que, para los que, nacidos ya en los ochenta, llegamos después, se convirtió en un banquete decisivo. No sólo suponía la mejor introducción imaginable a tres o cuatro generaciones de poetas finlandeses, suecos, daneses, noruegos e islandeses (traducidos estos últimos por José Antonio Fernández Romero), sino que en mi caso fue lo que definitivamente acabó por enamorarme de la literatura nórdica, y a partir de ahí de casi todo lo que llegase de aquellos fríos lugares. Creo que allí leí por primera vez a Harry Martinson (un poeta del que Uriz ya había ofrecido una buena antología en una edición de bolsillo de 1975, recién ganado el Nobel, que en 1983 se convirtió en una edición de quiosco y que en 2009, por fin, se amplió en la flamante edición de *Entre luz y oscuridad*, en Nórdica Libros), y es seguro que allí caí en las garras de poetas

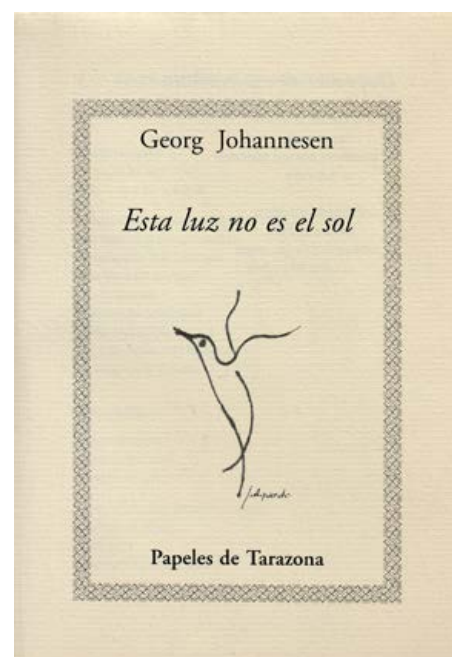
tan leídos posteriormente como Claes Andersson (Uriz tradujo en 2008 su tremendo *Los estragos del tiempo* en la colección de libros del festival cordobés Cosmopoética), Kjell Espmark (de quien el poeta, traductor y memorialista zaragozano ha ofrecido *Voces sin tumba*, en la Fundación Jorge Guillén, de Valladolid, y la curiosísima *Vía Láctea*, en la zaragozana Prames), Henrik Nordbrandt (a Uriz debemos, entre otros títulos, la determinante versión de *Nuestro amor es como Bizancio*, en Lumen, o, ya en 2012, *La ciudad de los constructores de violines*, en Vaso Roto), Georg Johannesen (hubo un pequeño adelanto titulado *Esta luz no es el sol* en los “Papeles de Tarazona”, esas primorosas plaquettes que editaban en la Casa del Traductor, y después, en 2007, salió una *Antología poética* en Bassarai), el más difícil Gunnar Ekelöf (Nórdica Libros editó *La leyenda de Fatumeh*, una de las secciones de la trilogía *Diwan*, publicada ya por Alianza en 1982, y Libros del Innombrable se hizo cargo de la selección titulada *Non Serviam* y del *Diván del príncipe de Emgión*), Artur Lundkvist (quien visitó las prensas españolas dos veces en 1974, con la antología *Huellas en la tierra*, en Plaza y Janés, y con el largo poema *Agadir*, en Seix Barral), el propio Tranströmer o Inger Christensen (cuyo *Alfabeto*, recién publicado por Sexto Piso, acabo de recorrer). Y en esas más de mil páginas de versos (que tuvieron que ser reimprimidas en 1999) no estaban otros poetas a los que Uriz ya había traducido (como la finlandesa Marta Tikkannen, cuya impactante *La historia de amor del siglo* apareció en Hiperión en 1989) ni otros que han llegado después, y desde luego quedaron fuera autores ya clásicos que no correspondían al acotamiento cronológico propuesto en el libro. Lo escribo pensando fundamentalmente en el gran August Strindberg, que sin embargo

aportó al volumen el sublime y tan característico cuadro que sirvió para ilustrar la cubierta (y de quien Uriz ha traducido novelas, ensayos y poemas en Alianza, Nórdica o Capitán Swing).

El que tampoco figuraba en el libro de 1995 es un enigmático Göran Palm que, sin embargo, sí había sido convocado por Uriz diez años antes en *Suecia en poemas. Antología de la poesía sueca*, un libro aparecido en Puerto Rico en 1985 (y que no sé si es el mismo que la *Antología de la poesía sueca contemporánea* que apareció al año siguiente en Los Libros de la Frontera, pues ésta nunca la he manejado). En este caso, sí he de afirmar que Uriz no me engaña, y estoy seguro de que ese poema titulado “El mar” que adjudica a Palm es obra suya, pues, por razones que no hace falta explicar, sólo un aragonés sería capaz de escribirlo:

El mar

Estoy ante el mar.
Ahí está.
Ahí está el mar.
Lo miro.
Qué grande es el mar. Qué bueno.
Es como en el Louvre.



Plaquette publicada por la Casa del Traductor en su serie Papeles de Tarazona